



PALABRAS DEL PRESIDENTE EN LA INAUGURACIÓN DE LA CXIX ASAMBLEA ORDINARIA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA

Caracas, 7 de enero de 2023

Muy queridos hermanos obispos, sacerdotes, religiosas y laicos. Hermanos y hermanas todos.

INTRODUCCION

Luego de haber vivido con alegría las fiestas de Navidad y Epifanía, en las cuales hemos podido renovar la experiencia del encuentro con el “Dios con nosotros” y reforzar los lazos familiares del Pueblo de Dios, nos reunimos en esta CXIX Asamblea Ordinaria Plenaria de la Conferencia Episcopal Venezolana para compartir nuestra vida y misión y reflexionar sobre el ser y el quehacer de la Iglesia que peregrina en Venezuela y sobre el pueblo que estamos llamados a servir.

Hemos comenzado elevando nuestras oraciones al Señor por los frutos de esta Asamblea y proclamando nuestra fe en la resurrección al rezar el Papa emérito Benedicto XVI, fallecido en las postrimerías del año 2022, y por algunos hermanos cuyas vidas estuvieron muy unidas a la misión institucional de nuestra Conferencia (Mons. Reinaldo Del Prette Lissot, Mons. Pedro Nicolás Bermúdez, el R.P. José Virtuoso, SJ, la Hna. Irene Nesi, el Sr. Pedro Luis Gil, la Sra. Ángela Gutiérrez y el Sr. Hugo Salazar, me corresponde ahora cumplir, por primera vez, con la disposición reglamentaria que establece que: “*cada año en la Asamblea ordinaria de enero el Presidente presentará al Episcopado un panorama nacional de la Iglesia y del país*”

Para realizar esta tarea, y en la convicción que para hablar de lo que hoy sucede en Venezuela no podemos concretarnos a los sucesos del último año, sino que tenemos que considerar el horizonte más amplio del prolongado “proceso” social, político y económico generado la propuesta y aprobación de un nuevo texto constitucional en 1999, y, en lo eclesial, con la realización y puesta en marcha del Concilio Plenario de Venezuela, me he dado la tarea de revisar lo que en ocasiones similares dijeron quienes me han precedido en este servicio (el Cardenal Baltazar Porras, Mons. Ubaldo Santana, Mons. Diego Padrón, Mons. José Luis Azuaje Ayala) encontrando en ello una gran aprendizaje, por la coherencia de sus reflexiones y el sentido de continuidad en la tarea de quienes como pastores del rebaño, “alegrándose con los que se alegraban y llorando con los que lloran” (Cf. *Rom 12*), caminando junto con los diversos sectores del Pueblo de Dios, se dejaron interpelar por los desafíos pastorales de cada momento histórico. Sintíéndome deudor de este aprendizaje, recojo de modo sintético esta compleja, en ocasiones muy convulsionada, y siempre desafiante realidad.

I - UNA VENEZUELA CARACTERIZADA POR LOS CAMBIOS Y LAS CRISIS

Para tener una adecuada valoración del panorama nacional debemos ubicarnos en primer lugar en el más amplio horizonte del panorama mundial. Lo que pasa en Venezuela forma

parte de lo que pasa en un mundo que está viviendo no solo una época de cambios, sino un cambio de época, y el que resulta un lugar común hablar de crisis.

Por eso nuestra nación no queda fuera del impacto de los viejos y nuevos problemas que plantea el desarrollo científico y tecnológico; la búsqueda de alternativas energéticas que se hacen más acuciantes en momentos de crisis y que nos impactan como país petrolero; el cambio climático que se ha manifestado entre nosotros con una temporada de lluvias especialmente intensa con graves afectaciones en diversos lugares del país, entre las que se destaca las sufridas en Las Tejerías en el mes de octubre; el aumento de la pobreza y la contracción económica a nivel global consecuencia de la pandemia y ahora de la guerra; el dinamismo pendular en la elección de los gobiernos de algunos países, y en particular de América Latina, provocado por la frustración ante tantos proyectos fallidos; las tensiones de la geopolítica multipolar en la cual la actual situación de Venezuela se utiliza en favor de posiciones e intereses de los actores internacionales.

Somos parte de un mundo caracterizado por las injusticias sociales y el escándalo de las inequidad entre los pueblos; por los masivos desplazamientos humanos entre los que se encuentran más de siete millones de venezolanos y, por otra parte, las erráticas políticas de los Estados para atender esta realidad hoy cada vez más extendida. No escapamos a las consecuencias de la destrucción sistemática del medio ambiente (piénsese en lo que ocurre en nuestra Amazonía con el “arco minero”), la explotación de menores y la trata de personas, el empeño por mantener modelos económicos y políticos incapaces de garantizar el desarrollo humano integral.

A las consecuencias de las guerras prolongadas que se viven en muchos lugares del planeta (Siria, Congo), se suma en el último año las fuertes tensiones en el panorama internacional provocadas por la guerra en Ucrania que con su caudal de muerte, destrucción, violación de derechos humanos, se prolonga por más de once meses. El rechazo a los reiterados llamados que desde una u otra parte al cese de las hostilidades, -incluso expresados con lágrimas, como las que pudimos ver en el Papa Francisco el pasado 8 de diciembre-, y la incapacidad de las vías diplomáticas para la solución de las diferencias entre los pueblos nos habla de un mundo que está aún muy lejos de alcanzar un orden internacional justo y en paz, y en que la dignidad de la persona humana y el bien común no están aún por encima de otros intereses. En un mundo en que las diferencias culturales no se ven como una riqueza sino como un elemento de confrontación tal como se ha puesto de manifiesto como fundamento de la escalada guerrera. Ante esto no resulta descabellado hablar, -como lo ha hecho el Papa-, de una tercera guerra mundial por partes, en la que el uso de armas nucleares sigue como una posibilidad cierta.

En el plano interno, el panorama social, económico y político vivido a lo largo del último año, - aunque cada año tiene sus sobresaltos -, no aporta grandes novedades a lo ya vivido, con diversa intensidad y amplitud en las dos últimas décadas en Venezuela.

Hoy se hace más evidente que por los profundos cambios que se han generado en la institucionalidad política y jurídica, entre nosotros se da un escaso aprecio a las normas legales. Que vivimos bajo un régimen político de pretensión totalizante, con escaso aprecio de la verdad, promotor de una anti-cultura de confrontación y exclusión internas sistemáticas, de censura de la disidencia interna y externa; y con aspiración de perpetuarse en el tiempo; nacional e internacionalmente descalificado y marginado en muchos foros aunque en los últimos meses hayamos sido testigos de algunos intentos por cambiar ese panorama como son la visita de algunos personeros de otros gobiernos, el restablecimiento de las relaciones con

algunos países y la apertura de fronteras (en particular con Colombia, y ahora con Brasil y las Antillas), la presencia en algunos foros internacionales (Convención de la Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Egipto, noviembre 2022). Y no debemos olvidar, que hay muchas personas que por ser coherentes con sus posiciones políticas o haber denunciado estas situaciones son injustamente perseguidas, detenidas o condenadas

Por otra parte, y así lo dejan ver los últimos acontecimientos, también resulta que existen profundas contradicciones y desavenencias entre quienes pretender ser una alternativa política. Esto no hace sino profundizar las inquietudes sobre un futuro proceso electoral, todavía incierto, y la apatía hacia lo político de parte de una parte de la población.

Vivimos en una sociedad en la que se da una diferencia económica muy pronunciada entre una minoría exigua que puede permitirse casi todo y una inmensa mayoría de empobrecidos y depauperados a los que les falta hasta lo mínimo para subsistir. Y aunque en los últimos tiempos se empieza a percibir una cierta mejoría en lo económico y se habla de crecimiento del Producto Interno Bruto después de una década de abrupta caída, la realidad de los hechos (la inflación mantenida y en los últimos meses en crecimiento, la pulverización de la capacidad adquisitiva del salario, la pérdida de confianza en nuestro signo monetario) habla en sentido contrario y demuestra que mientras no se den respuestas estructuradas y más orgánicas nuestra economía será presa de la inestabilidad constante.

Ante esta situación son muchos los que se preguntan: ¿Qué futuro nos espera?; ¿qué será de nosotros? Ante la complejidad y fragmentación que caracteriza nuestra realidad no siempre es fácil dar una respuesta a estas interrogantes.

Por tal razón no resulta extraño que convivan hoy entre nosotros posiciones diferentes ante la realidad nacional. Están por una parte quienes todavía siguen confiando en una posibilidad de cambio, aunque no vean claramente cómo se pueda realizar; en este sentido pensando en que todavía en Venezuela hay muchos signos positivos de resiliencia y creatividad, y por eso se puede esperar e incluso emprender nuevas iniciativas. Otros, sin embargo, asumen las realidades que hoy vivimos con indiferencia y hasta sumisión, a causa del hastío, la desesperanza, la represión. Entre una y otra hay un sin número de posicionamientos, que no son sino el reflejo de la complejidad de las situaciones vividas en estos años y las heridas que han causado.

La emigración de millones de compatriotas, realidad compleja en la que podrían verse recogidos signos de ambas posiciones, además de la pérdida irreparable de un capital humano que genera, nos ha dejado la herida de la experiencia de la lejanía y la separación, de los afectos rotos que viven muchos compatriotas y la incertidumbre ante las situaciones que deben enfrentar en los países a donde se han dirigido quienes han emigrado.

Ante esta dramática situación, los obispos de Venezuela, contando con el apoyo de los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los laicos de cada una de nuestras Iglesias particulares, hemos seguido sirviendo a nuestro pueblo a través de la acción evangelizadora. Hemos hecho la opción de “*ser pueblo*”, de estar cerca del pueblo, de no abandonar al pueblo. De permanecer al lado de los más pobres, consolar a los afligidos, curar los corazones heridos, educar e iluminar las conciencias, elevando nuestras voces en defensa de los derechos humanos y recordando con insistencia los principios éticos y morales por los que todos debemos regirnos.

Lo hemos hecho, y lo seguimos haciendo, desde nuestra misión de pastores del Pueblo de Dios, y como parte esencial de nuestra tarea, convencidos en conciencia que no podemos quedarnos callados, o actuar con una “prudencia” demasiado humana, o dejarnos atemorizar por los ataques y calumnias que de hecho hemos sufrido.

Por tal razón, y tal como lo hemos hecho desde el inicio hace dos décadas, seguimos afirmando hoy que: *“la actitud indispensable para avanzar en la búsqueda y la consecución de salidas democráticas para nuestro país es la apertura al diálogo...y que se hace necesaria la elaboración y puesta en marcha del correspondiente proyecto de país (refundar la nación no hace mucho tiempo), diseñado con el concurso de todos los sectores, sin ningún tipo de exclusión”* (cf. *Exhortación Colectiva “El Diálogo, camino hacia la paz”*, enero 2002).

Hoy podemos afirmar que si los intentos de diálogo – asunto del cual se volvió a hablar con insistencia en el último trimestre del 2022 aunque con resultados no fácilmente comprensibles por todos- han quedado bloqueados, no es por su falta de validez de este mecanismo, sino por la escasa transparencia con que se han desarrollado, la falta de métodos adecuados para llegar a acuerdos válidos, la desconfianza y la cerrazón de las posiciones particulares y partidistas tanto del ejecutivo como de la oposición; el haber partido de premisas ideales o ideológicas de ambos lados, en lugar de la realidad que nos toca a todos, tampoco ha contribuido a su desarrollo. Parece evidente que cuando hablamos de dialogar es porque hay falta de coincidencia entre los participantes, eso no significa que no haya disposición de escucha y apertura a la posición del otro, y aceptación de la crítica constructiva. Por eso es una tarea permanente recordar que negociar es llegar a puntos concretos para el bien común.

II - EL SERVICIO EVANGELIZADOR DE LA IGLESIA EN VENEZUELA A LO LARGO DEL 2022

Lo que dije de la realidad nacional, se aplica también a la realidad eclesial, por lo que debemos resaltar que durante el año que acaba de terminar, la Iglesia Universal y también Iglesia en Venezuela, guiada por el Espíritu Santo y respondiendo a la iniciativa del Papa Francisco, ha vivido algunos acontecimientos de gran significación para todos. En este sentido, es importante recordar los 60 años de la inauguración del Concilio Vaticano II, la fase diocesana de la preparación de la Asamblea del Sínodo *por una Iglesia sinodal. Comunión, participación y misión (hasta agosto 2022)* y la promulgación de la Constitución Apostólica *Praedicate Evangelium* sobre la reforma de la Curia (19 de marzo) la cual, como ya se ha dicho, contiene importantes criterios para la reforma de otras instancias eclesiales.

La celebración de estos acontecimientos nos han ayudado a entender y acoger mejor la invitación que nos ha hecho el Papa Francisco desde el inicio de su pontificado a anunciar y vivir “la alegría del Evangelio” (EG 1 y 25), a ser “*una Iglesia en salida misionera*” (EG 20) “*con las puertas abiertas*” (EG 46), que va al encuentro de las personas en “*las periferias existenciales y geográficas*” (EG 46). En Venezuela hemos intentado acoger este desafío pastoral y, desde nuestra realidad, nos hemos empeñado en llevarlo adelante.

Por las valiosas reflexiones que nos ha regalado con motivo de estos acontecimientos, y por la cercanía y preocupación que siempre mostrado hacía Venezuela, por las cuales ha aumentado la comunión afectiva y efectiva que ha caracterizado a nuestra Iglesia con el Sucesor de Pedro resulta para mí un deber expresar el agradecimiento de los obispos de Venezuela y de todo el pueblo cristianos al Santo Padre, a las instancias de la Santa Sede, y a los representantes pontificios entre nosotros.

A nivel de la Iglesia latinoamericana a lo largo del año 2022 se ha seguido el trabajo de renovación y reestructuración del CELAM. Ellos se dirigen a lograr una organización más ágil, en redes y guiada por procesos como el que se ha generado para la preparación y realización de la Primera Asamblea Eclesial Latinoamericana y El Caribe (noviembre 2021) con la cual se ha querido profundizar el acontecimiento de Aparecida y preparar a la región para celebrar los dos mil años de la redención (2033) y el acontecimiento Guadalupano (2031) y cuyas reflexiones y propuestas pastorales tendremos la oportunidad de profundizar en esta Asamblea. En los próximos meses, a través de encuentros en cada una de las cuatro regiones en que se encuentra organizado, el CELAM coordinará la realización de la etapa continental del Sínodo de la Sinodalidad. Es importante recordar en este panorama que en el mes de julio pasado Mons. Azuaje, Mons. Biord y yo tuvimos la oportunidad de participar en Bogotá de una Asamblea Extraordinaria del CELAM para profundizar en este camino de renovación, que sirvió como ocasión propicia para la inauguración de la nueva sede de este organismo.

También en el plano latinoamericano, resulta significativo destacar que se realizaron en el último trimestre del año dos encuentros de las presidencias de las Conferencias Episcopales de Colombia y Venezuela (San Cristóbal, Estado Táchira, 10 y 11 de octubre, Apartadó, Departamento de Antioquía, 20 y 21 de noviembre) para reflexionar sobre la reanudación de relaciones entre nuestros países, la apertura de fronteras y las migraciones, y los procesos de paz del hermano país. Sobre estos encuentros, y en general sobre la realidad migratoria, tendremos la oportunidad de profundizar en el día de hoy.

En el plano interno, y recordando siempre que la misión evangelizadora es la tarea central de la Iglesia en Venezuela, hay que decir que esta ha ido recobrando poco a poco su dinamismo, luego de las limitaciones impuestas durante los años de la pandemia. Tanto desde las distintas instancias de organización de la CEV (ya lo reflejará el Informe del Secretario General), como desde cada una de nuestras diócesis se han desarrollado las tradicionales y también nuevas iniciativas pastorales para hacer presente el mensaje cristiano. La puesta en marcha de la Diócesis de Petare (enero 2022), La celebración de algunos importantes aniversarios de nuestras Iglesias particulares – los 125 años de la Iglesia en Maracaibo, los 100 años del Caroní, Coro, Cumaná, San Cristóbal y Valencia; los 50 años de la Diócesis de San Carlos, los 25 de la Diócesis de Punto Fijo-, la convocatoria e inicio de los trabajos del Sínodo Diocesano de San Cristóbal; la publicación de los proyectos de pastoral de algunas diócesis (La Guaira, Cumaná) han sido ocasiones propicias para relanzar con renovado entusiasmo la tarea evangelizadora.

Este año se han incorporado al colegio episcopal tres nuevos obispos (Mons. Carlos Márquez, Mons. Lisandro Rivas, Auxiliares de Caracas y Mons. Gerardo Salas, obispo de Acarigua-Araure) Ellos vienen a sumar nuevas fuerzas y talentos para la realización de la tarea común de nuestro episcopado que en los últimos veinte años se ha renovado en más de 80 %. También hay que acotar que han sido llamados a otros servicios otros dos: Mons. Helizandro Terán, como Arzobispo Coadjutor de Mérida y Mons. Carlos Cabezas, elegido recientemente a la sede de Ciudad Guayana.

Pero sin lugar a dudas, el acontecimiento eclesial de mayor importancia por la calidad y cantidad de sus participantes, y por haberse vivido en su preparación y desarrollo de forma privilegiada la comunión y el discernimiento sinodal, ha sido la II Asamblea Nacional de Pastoral que con el lema *Una Parroquia misionera para los nuevos tiempos*, se realizó presencialmente en las instalaciones de la Universidad Católica Andrés Bello y en modalidad *on line* desde cada una de nuestras diócesis entre el 08 y 10 de julio de 2022. Sus

conclusiones que estudiaremos en el marco de esta Asamblea serán de gran utilidad para contestar algunas de las interrogantes antes planteadas.

Esta Asamblea Nacional de Pastoral, junto con la primera realizada en el año 2015 y otras experiencias de participación y consulta, como fueron las Asambleas conjuntas de Obispos-presbíteros (9 y 10 de julio de 2014), obispos religiosos/as superiores mayores (28 al 29 de junio de 2011) y obispos y laicos en enero 2017 nos indican que el camino sinodal es posible y que en él debemos profundizar. A ello se unen otras iniciativas como el Consejo Nacional de Pastoral, uno de los frutos del Concilio Plenario (cf. ICM 217) cuya conformación se ha renovado el pasado mes de julio (08 al 10 de 2022).

No cabe duda que en estas últimas décadas tan cargados de tensiones, hemos aprendido a alcanzar consensos, a construir la unidad en la diversidad y a trabajar en equipo entre nosotros y con otros organismos eclesiales como la Confederación de Religiosos y Religiosas de Venezuela (CONVER), el Conferencia Nacional de Laicos, la Asociación Venezolana de Educación Católica a cuyos representante agradecemos vivamente su presencia esta mañana y el apoyo que siempre nos han brindado. Saludo a las nuevas directivas y organismos de servicio de estos organismos que tras superar las limitaciones de la pandemia, han sido renovadas en este año. Demos gracias a Dios por lo que hemos construido hasta ahora

Sin embargo, nos queda siempre pendiente como desafío para el presente y el futuro el cómo llevar adelante ese *gran proyecto pastoral de nuestra Iglesia hacia la Nueva Evangelización* que, guiado por la línea teológico pastoral de comunión y solidaridad, fue recogido en los 16 documentos del Concilio Plenario. Hasta ahora hemos logrado la implementación puntual y aislada de diversas normas y líneas pastorales conciliares, - resulta evidente que gran parte de lo que hoy se hace en la Iglesia y lo que ella espera realizar se formuló en el Concilio Plenario -, pero no podemos conformarnos con esto, es necesario formular un amplio *proyecto misionero nacional* (cf. *PPEV 117*) que reúna las capacidades y talentos de todas las instancias eclesiales en una tarea ciertamente desafiante y urgente.

Para nadie resulta extraño que la ruptura entre evangelio y cultura es, como nos lo recordaba San Pablo VI, el drama de nuestro tiempo, y también de la vivencia cristiana en nuestro país. Esto nos conduce a pensar en la necesidad de fortalecer la acción evangelizadora y orientar la institucionalidad eclesial, en orden a promover renovadas formas de vivir nuestra fe, de acuerdo con nuestra propia situación socio-cultural.

En este sentido hay que reconocer que aunque la Iglesia católica como institución sigue conservado un alto índice de credibilidad, el panorama eclesial del país, como el de otros países de América Latina, muestra signos de debilitamiento. Hoy son menos del 80 % de los habitantes de nuestro país que se consideran católicos y la tendencia es decreciente. El número de quienes acceden a los sacramentos es bajo y la participación en la liturgia dominical es escasa. Además, la extensión entre nosotros de nuevas formas religiosas con una interpretación individualista, poco solidaria y hasta acomodaticia de la fe, nos obliga a profundizar en las carencias formativas, espirituales y doctrinales de nuestros fieles, y ofrecer alternativas válidas y realistas. Sino corremos el riesgo que la fe se quede en un barniz exterior, que no penetra hasta lo profundo del corazón, por lo que los cristianos no pueden ser fermento de transformación y constructores de una sociedad más justa, más libre y fraterna.

Nos obliga a superar una pastoral todavía muy centrada en el templo, constituida actividades aisladas y ocasionales y estructurar y articular planes pastorales de conjunto, ya que hoy resulta más evidente que las formas tradicionales de acción pastoral (familia, escuela,

parroquia, religiosidad popular) son insuficientes por lo que no llegan a los más alejados y la indiferencia religiosa va ganando terreno.

Las respuestas a las consulta del camino sinodal ponen de relieve que aun cuando se den algunas experiencias interesantes en este campo, en general, no es significativo el impulso misionero de las instancias de la Iglesia. Algunas diócesis, carecen de planes orgánicos de pastoral, por lo que persisten modelos de pastoral inadecuados para las realidades urbanas donde impera el anonimato y la despersonalización. Más allá de algunos laudables esfuerzos, todavía se hace necesaria un mayor uso educativo, eficiente y eficaz, de los MCS para evangelizar

Por otra parte, como lo hemos afirmado en tantas ocasiones es “la hora de los laicos”, por lo que sigue siendo una tarea el discernimiento de cómo desarrollar su vocación y misión, desde la eclesiología del Pueblo de Dios. Ellos están llamados a intervenir en temas de gran actualidad y ampliamente discutidos por las modernas ideologías como la moral familiar y matrimonial, y la vida. También debe darse un replanteo en la relación entre su fe y la política. Esto requiere de todos mucho discernimiento. Por eso nadie puede sentirse excluido del compromiso de adelantar de manera prioritaria y con visión de futuro, un plan sistemático de formación socio-política y ético-cultural del laicado desde la enseñanza social de la Iglesia que vaya más allá de las simples reacciones a una situación concreta.

El decreciente número de seminaristas, la debilidad en la pastoral vocacional de los últimos años, la siempre comprometedor tarea de formación de los futuros presbíteros son un desafío al que debemos dar oportuna respuesta. En esta Asamblea dedicaremos un tiempo a reflexionar sobre la vida y misión de nuestros seminarios, para ello contaremos con la luz de las recién aprobadas “Normas Básicas”

Ante las dificultades no debemos amilanarnos. Por el contrario, debemos seguir empeñados en hacerle sentir a todos nuestra cercanía, solidaridad y acompañamiento permanente a través del trabajo evangelizador.

El “proceso de renovación del SPEV” comenzado tiempo atrás y que en el último año, hemos profundizado, y al que le dedicaremos un tiempo amplio en nuestra Asamblea, nos facilitará el que podamos dar respuesta a los nuevos desafíos. Será también una buena forma de celebrar los 50 años de vida del SPEV tal como hoy lo conocemos.

Por otra parte, el trabajo cotidiano que desde Caritas de Venezuela, quien se ha convertido en un referente nacional de primer orden, de APEP, INVECAPI, INPRECLERO, cuyas asambleas estatutarias celebraremos en estos días, es expresión de cómo desde nuestra condición subsidiaria pero efectiva la Iglesia puede dar respuesta a las ingentes necesidades de la población en las áreas de alimentación y nutrición, agua, saneamiento e higiene, educación para el trabajo y fomento de capacidades comunitarias, construcción de paz, incidencia política, evangelización de lo social, acompañamiento y fortalecimiento institucional, a la construcción de una nueva sociedad

Y como la Iglesia no es perfecta y, debe pedir perdón por las infidelidades de sus miembros, sobre todo cuando se trata de ministros ordenados, hemos de ver en la aprobación, conforme a las directrices emanadas del Santo Padre, del Protocolo de actuación (abril) y la renovación de la constitución de una Comisión Nacional para el tratamiento de los casos de abusos de niños, niñas y adolescentes y personas vulnerables (julio), aprobadas en nuestra Asamblea el año 2022, un claro mensaje de nuestra posición sobre esta realidad. Nuestro interés es que aflore

la verdad y que con el concurso de todos busquemos las formas más idóneas para proteger a todos de este flagelo.

Conclusión:

A pesar de las dificultades, o más bien porque ellas existen, reclaman de nosotros un redoblar la fe, la esperanza y la caridad cristiana al contemplar y enfrentar nuestra realidad nacional y eclesial. Como señaló el Papa Francisco en la homilía del primer día del año: *no podemos quedarnos cómodamente esperando a que las cosas mejoren. Hay que levantarse, aprovechar las oportunidades que nos da la gracia, ir, arriesgar. Es necesario arriesgar (Homilía Solemnidad de Santa Maríya Madre de Dios, 1 de enero de 2023)*. Que el espíritu de comunión y sinodalidad nos ayuden a cumplir nuestra tarea. Muchas gracias.

✠Jesús González de Zárate Salas
Arzobispo de Cumaná
Presidente de la CEV